

# CON LOS DESTERRADOS DE HORACIO QUIROGA

LAS BAILANTAS

por Emir Rodríguez Monegal

Camino del puerto, en Posadas, se encuentra la Bajada Vieja. Por allí ascendían los mensú, a derrochar en los cafés (verdaderos prostíbulos) lo que los patrones les adelantaban por la nueva contrata: iban, cuenta Quiroga, "tambaleantes de orgía prejustada". No llegaban al pueblo casi nunca; en la Bajada misma estaban las bailantas. Hoy ha desaparecido el aura sensual y queda sólo la pobre estructura de madera, la clara miseria del barrio, con sus casas alineadas junto al camino, sosteniéndose muchas de ellas sobre pilares que compensan el brusco desnivel del terreno: heterogéneas, llenas de parches, y ocupadas por algún oscuro boliche, por la habitación de una familia pobre. Contra el cielo asoman los aleros festoneados; alguna balaustrada incompleta, semi derruida sobresale de las casas. Todo impresiona como un decorado al que cambiaron de destino. (El ojo experto cree reconocer este portal de Don Juan Tenorio, aquel tapiz de Hamlet).

En este mismo camino filmaron Mario Sofficci y su equipo Prisioneros de la tierra, sobre algunos cuentos de Quiroga. Por breve lapso recrearon el ímpetu orgiástico del descenso de los mensú al puerto, el frenesí de las bailantas. A la cinta y no a la mera realidad deberá acudir, en este caso, para revivir visualmente aquel mundo clausurado.

## LA CASA - CUE

Quiroga conoció Misiones (mejor dicho: San Ignacio) en 1903, al recorrer la región como fotógrafo del equipo pilotado por Leopoldo Lugones y cuya misión era el estudio de las ruinas jesuíticas. El ambiente semisalvaje desvaneció los restos de su postizo decadentismo — seriamente combatido ya en París por la indiferencia y el hambre. Como otros antes que él (vid. E. F. de

*Quiroga inventó literariamente a Misiones; pero no redujo a eso su vinculación con aquella tierra. Vivió allí gran parte de su vida; se identificó con el ambiente, con los tipos; allí construyó su casa, con las propias manos — como los hombres primitivos—. Allí quiso morir: "Sólo veré mañana o pasado en el sueño profundo que nos ofrezca la naturaleza, su apacibilísimo descansar. He de morir regando mis plantas, y plantando el mismo día de morir. No hago más que integrarme en la naturaleza, con sus leyes y armonías oscurísimas, aun para nosotros, pero existentes". Ya se sabe que el destino le reservaba otra muerte.*

*Misiones está, pues, ligada entrañablemente a la vida y a la obra de Horacio Quiroga. Y por haberla éste volcado en sus mejores relatos, es hoy, de manera punzante, una imagen viva de su arte y de su persona.*

*En mayo de 1949 visité Misiones con D. Darío Quiroga, hijo del ilustre narrador. Fuimos encomendados por la Dirección interina del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios de una misión de estudio, y pudimos documentar, gráfica y testimonialmente, esa imagen. Publico ahora aquella parte de interés general, despojando al relato no sólo de lo que puede tener valor meramente técnico o especializado, sino de toda anécdota personal.*

construir su casa. Esto no significaba para él hacérsela construir. Significaba hacerlo todo con sus manos, desde el proyecto hasta la realización, luchando contra su novatez, contra el feroz ambiente, contra el mismo agotamiento físico. Y sin descuidar la estética. Para mejorar la vista sobre el río, debió reforzar la meseta, haciendo cavar enormes hoyos para las palmeras, los pinos y el cedro que hoy bordean el terreno; y cuidar paciente, tiernamente, la gramilla. Hasta en sus últimos duros años alimentaba el deseo de embellecer, de perfeccionar, su habitat, según le escribía a Julio E. Payró en el 35: "Estoy formando un parque-jardín que dará envidia a los potentados mismos. Y esto porque yo sé bien que las plantas tienen un lugar determinado en un terreno, fuera del cual son yuyos, lo más. Verán Vds. un día el gusto "paysager" de su ami-

## EL ESCENARIO

San Ignacio es ahora un pueblo en retroceso; liquidada la falaz prosperidad de principios de siglo, hasta ha quedado sin alumbrado eléctrico. Conserva una apariencia de actividad, pero vive sólo por su importancia estratégica de frontera, por la vecindad de los yerbatales, por las ruinas jesuíticas, ahora restauradas. El San Ignacio que descubrió Quiroga y que vive en Los Desterrados ya no es más. Podrá conservar vivo tal o cual tipo, pero ha perdido todo poder creador y hoy parece existir únicamente como marco de los cuentos de Quiroga. "Por aquel camino (a la derecha de la casa) venía el hijo", contará Darío Quiroga, que fué protagonista del suceso germinal. "Ahí están los restos de la caldera de Los fabricantes de carbón." "Aquí mismo cayó, al cruzar el alambrado, sobre su

sudados. Cedía de hombro a hombro al caminar, y era sobre todo muy feo, a lo Verlaine, de quien compartía casi la patria, pues Van-Houten había nacido en Charleroi." Salvo alguna acentuación del grotesco (tiene ambas orejas; le faltan sólo dos dedos) este Pablo Vandendorp es el mismo, aunque se parezca más a un personaje de la galoría de Conrad que al pauvre Leliani. Ante su figura plena de vida a los 80 años se advierte lo que supo trasladar Quiroga al relato: la fuerza indestructible, la jocunda actitud ante la vida. No importa que todo el resto (anécdota, tratamiento dramático) sea creación literaria y no ofrezca asidero en la realidad, quizá trivial. Para Quiroga bastaba el impulso contenido en esta naturaleza poderosa; la sustancia literaria, la ejemplaridad de su destino trágico, sería obra suya exclusivamente.

## JUAN BROWN

Para muchos lectores de Quiroga quizá sea penoso saber que una de sus mejores creaciones — más claras y llenas de sombra, a la vez — esté copiada de la realidad. Juan Brown es en lo esencial, no en la anécdota, el mismo Brown de Los Desterrados. Quiroga ha dejado su retrato literario: "Era argentino y totalmente criollo a despecho de una gran reserva británica. Había cursado en La Plata dos o tres brillantes años de ingeniería. Un día, sin que sepamos por qué, cortó sus estudios y derivó hasta Misiones. Creo haberle oído decir que llegó a Iviraromí por un par de horas, asunto de ver las ruinas. Mandó más tarde buscar sus valijas a Posadas para quedarse dos días más, y allí lo encontré yo quince años después, sin que en todo ese tiempo hubiera abandonado una sola hora el lugar. No le interesaba mayormente el país; se quedaba allí, simplemente, por no valer sin duda la pena de hacer otra cosa." Deliberadamente omitió Quiroga de esta descripción (aunque no del cuen-

## LA CASA - CUE

Quiroga conoció Misiones (mejor dicho: San Ignacio) en 1903, al recorrer la región como fotógrafo del equipo piloteado por Leopoldo Lugones y cuya misión era el estudio de las ruinas jesuíticas. El ambiente semisalvaje desvaneció los restos de su postizo decadentismo — seriamente combatido ya en París por la indiferencia y el hambre. Como otros antes que él (Isidoro Escalera, Pablo Vandendorp, Juan Brun), fué hechizado por el lugar, de poderosa belleza. Volvió en 1906, después de intentar aclimatarse en el Chaco; compró un terreno que muchos despreciaron por ser estéril (decían), pero cuya hermosa vista sobre el río fuera el primero en descubrir. (Morán, su alter ego de Pasado amor, cuenta con orgullo: "Cuando yo compré esta meseta y el pedazo de monte que ve allí, todo el mundo se rió porque aquí no había sino piedras y linda vista.") Con tenacidad, con inspiración, Quiroga convirtió en habitables, en productivas, sus tierras. Empezó a



Juan Brown

tiernamente, la gramilla. Hasta en sus últimos duros años alimentaba el deseo de embellecer, de perfeccionar, su habitat, según le escribía a Julio E. Payró en el 35: "Estoy formando un parque-jardín que dará envidia a los potentados mismos. Y esto porque yo sé bien que las plantas tienen un lugar determinado: en un terreno, fuera del cual son yuyos, lo más. Verán Vds. un día el gusto "paysager" de su amigo. Esto es mi San Michele, con menos amor a las reliquias artísticas y mayor al arte vivo de la naturaleza que Munthe."

Llegó a construir dos casas: la vieja, de madera; la nueva, de piedra. Para el lector de Quiroga hay, sin embargo, una sola: la primera, que está en El techo de incienso; la que ve El hombre muerto en su agonía; la que habita el protagonista de Pasado amor. Hoy queda sólo el piso de portland. El abandono, la destrucción de los hombres y de la naturaleza han colaborado en la desaparición de esa muestra ejemplar del esfuerzo y del ingenio humanos. Queda, es claro, la casa nueva que está ligada a los últimos años de su vida. Desde el living, rodeado de ventanales que se abren sobre la meseta, sobre el río Paraná, contemplaba Quiroga en días de tormenta la selva y el agua. ("Estoy escribiendo en el living... bajo la lluvia, y el río que no se sabe si es río o neblina.") Allí trabajaba con sus manos haciendo cosas: piezas de cerámica, de gusto precolombino; dibujos zoomórficos; alfombras rústicas, de colorido y dibujo primitivos; encuadernación de libros en arpillera; animales embalsamados. También leía: Brand, cada vez que lo azotaba una crisis moral, o Dostoievsky en constante relectura, o Munthe, por el amor a la naturaleza, a los cuentistas norteamericanos (Hemingway, Caldwell) por su estilo directo y la cruda verdad de sus relatos. O escribía la crónica de sus días solitarios ("Solo como un gato estoy") para los amigos ausentes.

Hoy en manos ajenas, ésta es la casa que fué de Quiroga (en San Ignacio dicen, brevemente: la casa-cué); en esa voz puede encerrarse todo lo que tiene de intolerable evocación su presencia, o mejor: la ausencia de su dueño.

terrados ya no es más. Podrá conservar vivo tal o cual tipo, pero ha perdido todo poder creador y hoy parece existir únicamente como marco de los cuentos de Quiroga. "Por aquel camino (a la derecha de la casa) venía el hijo"; contará Darío Quiroga, que fué protagonista del suceso germinal. "Ahí están los restos de la caldera de Los fabricantes de carbón." "Aquí mismo cayó, al cruzar el alambrado, sobre su propio machete, El hombre muerto." Y cada sitio parece esmerarse en ser el puntual remedo (¿o el antecedente?) de las vivas narraciones.

Atravesando el monte cerrado, a la izquierda de la casa, se llega hasta una mesetita en la que Quiroga acostumbraba a instalarse para escribir. El lugar es solitario y alimenta la ilusión de estar encerrado en el corazón de la selva. Por entre las ramas se ve la cinta plateada del Paraná, "dormido como un lago".

Todo el pueblo evoca los cuentos: donde hoy está instalado el correo habitaba la familia venezolana Palacios, cuya hija, Ana María, vivió con Quiroga la aventura romántica de Pasado amor; cerca de las ruinas jesuíticas se encuentra la casa donde antes funcionaba el bar descrito en Tacuara-Mansión; al lado se levanta todavía la casa del naturalista Ekdal, cuya esposa juega papel importante en la novela citada. Y luego el Paraná, con sus correderas, contra las que sigue luchando la mujer de En la noche y cuyas márgenes siguen recibiendo el cadáver, hinchado de agua, de Van-Houten.

El San Ignacio de Horacio Quiroga vive sólo en sus cuentos: éste que ahora repasó parece la voluntaria reconstrucción; el escenario vacío. ¿Y los desterrados?

### VAN - HOUTEN

Quiroga lo describió así para siempre: "Era belga, flamenco de origen, y se le llamaba alguna vez Lo - que - queda - de - Van - Houten, en razón de que le faltaba un ojo, una oreja, y tres dedos de la mano derecha. Tenía la cuenca entera de su ojo vacío quemada en azul por la pólvora. En el resto era un hombre bajo y muy robusto, con barba roja e hirsuta. El pelo, de fuego también, caíale sobre una frente muy estrecha en mechones constantemente

que llego a atravesar por un par de horas, asunto de ver las ruinas. Mandó más tarde buscar sus valijas a Posadas para quedarse dos días más, y allí lo encontré yo quince años después, sin que en todo ese tiempo hubiera abandonado una sola hora el lugar. No le interesaba mayormente el país; se quedaba allí, simplemente, por no valer sin duda la pena de hacer otra cosa." Deliberadamente omitió Quiroga de esta descripción (aunque no del cuento mismo) los más profundos valores de esta figura; quiso poner en evidencia, como pórtico, las graciosas contradicciones de su displicencia. Algunas palabras en sus cartas demuestran que no dejó de percibir la verdad esencial de este hombre. Así, por ejemplo, en una a Ezequiel Martínez Estrada lo llama "un gran hombre, visible y palpable en su ser moral"; y en otra, a Julio E. Payró, comunica un rasgo conmovedor del personaje: "Ando ahora ocupado con don Juan Brun en reinstalar la industria de los turrones de maní... El pobre Brun está entusiasmado, y parece que con moti-

(Pasa a Pág. 23)



Van Houten

augurándonos las anchas órbitas de los sueños

¿Quién duerme, quién espera, que todo  
se pierda, se aleja si acaso  
la cola de objetos en que nos sostenemos  
en que afincamos nuestro amor  
y las viejas raíces de nuestro amor  
si acaso su cola de objetos  
de viejos dientes y de viejas mejillas y besos  
se desase de nosotros, se deshace  
en polvo o menos, en aire o menos  
en nada o menos, se deshace  
y estamos solo y dormimos con el mayor olvido  
con la isla sitiada que nos sostiene

Dolor sobre los cuerpos, retornas viejo y suntuoso dolor  
retornas a quebrar, herir, manchar.

Muerte sobre los cuerpos entregados  
a la total blancura, hermosos cuerpos  
flotantes, consistentes, quemados, deshaciéndose  
llamados a la antigua destrucción  
asi vuelven muerte y dolor, de circunstancias  
de climas, de largos derroteros, de viajes  
hasta una fuente de principios y pesares,  
y son llamados y retornan y revuelan sobre la casa marcada  
sobre su dueño que duerme en el tiempo  
y que será vencido y que será vencido.

## CON LOS DESTERRADOS DE HORACIO QUIROGA

(Viene de Pág. 24)  
vo. Tan pobre llegó a estar que los  
cinco primeros pesos ganados le pa-  
recieron diez mil. Y los empleó —  
los diez mil— en un par de zapatos  
a una sobrina que no tenía qué po-  
nerse."

### DON ISIDORO, EL NARRADOR

Queda en San Ignacio un hom-  
bre al que Quiroga debe mucho: D.

Isidoro Escalera, quien fué no sólo  
su mejor y más devoto acompañan-  
te, el colaborador en la construcción  
de su casa y en el adorno de su  
meseta, y otro padre para sus hijos;  
fué también el cronista de Misiones.  
D. Isidoro llegó en 1897, y se rela-  
cionó con Quiroga desde sus pri-  
meros tiempos. Gracias a su arte  
consumado de narrador oral, a su  
vivacidad, a su memoria del deta-  
lle, pudo conocer el cuentista, en su

fuelle, tantas historias que conver-  
tidas en materia literaria, hechizan  
hoy a sus lectores.

La vinculación de este hombre  
con Quiroga fué exclusivamente  
personal. D. Isidoro recuerda: "Nun-  
ca me mandó ninguno de sus li-  
bros." De su palabra, del tono con  
que habla, surge una amistad pro-  
funda y una gran admiración reci-  
proca, que allanaba toda posible di-  
ferencia intelectual y que se ex-

presaba por medio de un trato sc-  
brio, aliviado de efusiones.

Puede asegurarse que Quiroga  
mantuvo con sus desterrados una  
relación humana, no literaria. Lo  
confirma, sin orgullo, en una carta  
a Martínez Estrada: "No quiero ha-  
blar media palabra de arte con  
quien no comprenda." Nunca fué  
mediocre; nunca posó de literario.  
Escribía por destino y para su trato  
humano eso era un accidente.

# LANASUR

## INDUSTRIALIZADORA DE LANAS URUGUAYAS S. A.

LAVADO Y CARBONIZADO DE LANAS

HILADOS DE LANA PEINADA - TOPS

SUB PRODUCTOS

\*\*\*

ADMINISTRACION Y PLANTA INDUSTRIAL:

Avda. de las Instrucciones y Cno. C. A. López

Teléfonos: 5 31 31 — 5 31 22

CORRESPONDENCIA:

Casilla de Correo 807

Montevideo